

AUTO-PRESENTACIÓN DEL LIBRO *LA MEMORIA DE LA ESPERANZA*

Fernando Ojea
SEFE
fernandoojeao@gmail.com

Procederemos, a continuación, en dos pasos: 1) reproducir una parte, adaptada a este efecto, de la Introducción del libro; 2) hacer una breve indicación de sus contenidos.

INTRODUCCIÓN

Hoy el ejercicio de la memoria es sustituido por la siempre disponible reproducción virtual de cualquier suceso. El automatismo de esta eficaz instantaneidad va disolviendo la profundidad desde la que antes destacaba el brillo de los acontecimientos. Las lejanas señales de lo transmitido que garantizaban la continuidad de nuestra existencia se van alterando al ritmo de su instantánea apropiación, acumulándose en un puro presente que termina por convertir en espejismo la firmeza del pasado. Con la debilitación del ejercicio de la memoria se ahoga, a su vez, el aliento de la esperanza. Entregados a la compulsiva pasión de hurgar un material incesantemente al alcance, quedamos absorbidos en una actualidad que no cesa de reclamarnos con sus hechizos: la esperanza, alejada ya de toda inquietud por lo inaugural, se afana en asegurarse la aparición de variaciones condenadas a reaparecer con una eficiencia sin término. El presente, en fin, tampoco parece encontrar consistencia; forzado a agitarse en un vertiginoso continuo carece de las coordenadas en relación con las que alcanzar un reposo, un demorarse en sí mismo. El inasible curso de nuestra existencia es lo más semejante a una abstracción.

Vistas así las cosas, la desmemoriada actualización del pasado y la desertización de toda alentadora esperanza en el porvenir reclamarían un nuevo esfuerzo de la mirada filosófica; esfuerzo destinado a re-descubrir el origen de la memoria, de la esperanza y de la inevitable relación entre ambas. Si nos hallamos instalados en un escenario donde esas capacidades aparecen debilitadas a tal extremo, si el presente en que nos vemos forzados a andar en círculo ha perdido la vitalidad del pasado y el estímulo del futuro que debiera tensarlo, el esfuerzo a que nos referimos debería buscar un terreno donde recuperar aliento y consistencia. Pero ¿dónde buscarlo?

La propuesta que encabeza este estudio, invitándonos a ocuparnos de una "memoria de la esperanza", parece trasladarnos a un horizonte aún más incierto. La memoria, destinada a dirigirse al pasado, lo haría ahora a la esperanza que descansa en el porvenir; esperanza que nos reclamaría desde el pasado, cuyo terreno reivindica sin embargo la memoria. De acuerdo con ello, nos situamos en un camino que parece haber invertido el rumbo natural de las cosas.

La paradoja, sin embargo, comienza a ceder si de la existencia aisladamente considerada nos desplazamos a nuestra procedencia y eventual descendencia. Somos esencialmente nacidos porque lo somos de padres. La filiación muestra una continuidad en que aparecemos destinados a sobrevivir a nuestros padres y a ser sobrevividos por nuestros hijos. La memoria, en este caso del descendiente, bien puede dirigirse entonces hacia la esperanza latente bajo las pasadas acciones de los progenitores y, nutriéndose de ella, re-crearla y volver a anticiparla de manera novedosa en el porvenir. La esperanza, aguardando en el inmediato pasado, sería actualizada y vuelta a alzar por la memoria del hijo hacia un renovado horizonte futuro.

Pero el camino señalado por esta memoria puede hallarse decisivamente alterado por un inesperado suceso; suceso cuya conmoción, en el seno de la habitual expectativa de las cosas, deja al progenitor sin aliento. Nos referimos a la muerte del hijo. Detengámonos un momento en ello.

Al considerar la memoria vigente del hijo en el interior de la relación filial, todo parece fácilmente consistir en hallar el alimento del futuro en el pasado y en éste la tarea que aguarda un nuevo despliegue porvenir. Mas al hallarnos ante la muerte del hijo, somos desbordados por un hecho que parece desestabilizar el ejercicio de toda memoria. Padres del hijo muerto, sobrevivientes de quien ha estado destinado a sobrevivirnos. ¿Qué ocurre aquí?

Pero ¿que nos sucede ante todo a nosotros, ejercientes de una reflexión filosófica sobre esta cuestión? Por lo pronto, que toda indagación que se pretenda fenomenológica, se ve forzada a dar un salto adelantándose a sus propias consignas metódicas; el acontecimiento de la muerte del hijo parece *anticiparse* a la suspensión de toda tesis de la actitud natural en la que el método habría puesto su empeño; ahora es la inmediatez de su propio término intencional, la desaparición del descendiente cuya existencia se desarrollaba en el escenario familiar, lo que hace vacilar toda previsible expectativa de las cosas y nos sitúa ante un colapso inesperado del sentido. Con la muerte del hijo, en efecto, desaparece toda firme referencia desde la que orientarnos en relación con la propia realidad y con la que nos trasciende. Y, con ello, una exigencia de volver a pensar como si ello sucediese por primera vez.

Por otra parte, si lo que regularmente se busca en todo análisis de la relación filial es hacer inteligible la inauguración de la existencia del hijo desde el curso de la precedente, es decir, de la paterna, con la muerte del hijo son los progenitores quienes se convierten en *paradójicos herederos del descendiente*. El concepto hermenéutico de transmisión parece también resultar afectado cuando su natural destinatario (ahora hijo ausente) surge ante los padres como desconcertante vehículo de un legado de esperanza a descifrar.

Se dirá, sin duda, que hay otros fenómenos que pueden igualmente alterar el curso de la propia existencia, como la muerte, vivida como próxima o lejana, de cualquiera de nosotros. Pero esa muerte se halla prevista en el proceso de vida a que pertenecemos; vida cuyo destino tras nacer aparece como crecimiento, declinación e inevitable caducidad. Por otra parte, con la mera desaparición de individuos biológicos esa vida se regenera y prosigue indefinidamente su curso. Atendiendo a la particularidad del ser vivo que somos, y a pesar de las diferencias con otras especies de las que la nuestra se habría alejado, el carácter natural de la muerte parece consagrar su inofensivo suceder; el ser padres da cuenta de ello: hijo es el que viene después, el que comienza tras nuestro comienzo, tras el propio haber aparecido en el mundo y haber desarrollado determinadas posibilidades en él. Por lo tanto, es el descendiente el que protagonizaría el testimonio del destino mortal del progenitor; la existencia de éste declina al tiempo que la del hijo se incrementa y la sobrepasa. Pero en el caso de la muerte del hijo, esa expectativa de las cosas se encuentra sorprendida por un desbordamiento para el que parece no estar preparada; frente a toda indagación

filosófica que se afanase en controlar la inquietud de su objeto, ella no hace más que enmudecernos ante su implacable inhospitalidad. Se insistirá, aún, en la posibilidad de que otros acontecimientos conmoviesen igualmente la expectativa de nuestro trato habitual con la realidad. Sea, por ejemplo, una feroz epidemia o una inesperada catástrofe natural. Pero las consecuencias de las catástrofes pueden, con la paciencia y el esfuerzo del hombre, atenuarse y al cabo de un tiempo desaparecer. Esto jamás podría suceder al padre o a la madre ante la muerte del hijo. Esa muerte habría invertido para siempre el sentido mismo del tiempo: los padres deberán cargar, hasta el término definitivo de su existencia, con el destino de tener que sobrevivir a quien hubiese debido naturalmente sobrevivirlos. La muerte del hijo no es algo que pueda contingentemente modificarse ni sus consecuencias desaparecer; para el progenitor se tratará, hasta el fin de sus días, de vivir más allá de quien había tenido, desde su aparición en el mundo, el destino de trascenderlo.

Pero si al ejercicio de la memoria de la esperanza le fuese posible renovar su vigencia —y aún fortalecerla— en el escenario de esta desconcertante alteración; si los progenitores pudiesen re-crear de algún modo la esperanza que ahora, tras esa muerte, aguardaría en el pasado —habiendo sido paradójicamente la promesa filial del porvenir—; si el ejercicio paterno/materno de esa memoria lograra relanzar, en fin, en su propio porvenir, la esperanza de una ausencia que parece no haber debido tener nunca lugar, entonces esta memoria adquiriría, acaso más que ningún otro fenómeno, la capacidad de iluminar de manera inédita la enigmática relación entre la vida y la muerte, y, con ello, el tesoro más celosamente escondido del nacer.

Con la inesperada ausencia definitiva del hijo —insistamos en ello— el acontecimiento de haber venido al mundo y el desarrollo de la existencia toda parecen precipitarse en un abismo de sentido; ello nos remite a la interrogación por el origen y destino esenciales de éste. Pero de ello —así como del tiempo mismo, cuya dirección inmediata parece alterarse en giro vertiginoso— se ha ocupado desde su comienzo la filosofía. Suele hablarse en nuestros días del fin del pensamiento metafísico inaugurado hace más de dos milenios. Hoy el dualismo tradicional entre lo destinado a la corrupción y su compensación en un inalterable mundo trascendente —objeto de la especulación racional o de la fe— parece haber sido abandonado. Han quedado también ancladas en la esterilidad las diversas inversiones del platonismo —inaugural consagración académica de la

metafísica— como reducción a un devenir inmanente de la historia hacia ninguna parte. El hombre, pues, se habría quedado solo ante sí mismo y ante el mundo. Pero nada nos impide preguntarnos si en esta tierra, en o fuera de la cual no nos esperaríamos ya ningún destino de salvación, podría llegar a presentarse un inadvertido aliento que, oculto tras su proximidad, hubiese permanecido paradójicamente ignorado en el tejido de una milenaria especulación; un aliento que tras un largo camino errante despertara, de pronto, el vigor de la propia existencia invitándola a re-iniciarse desde su fuente original. Si así fuese, el hilo conductor escogido en este trabajo —el excepcional acontecimiento que priva a la existencia de toda firmeza y parece arrojarla a un abismo sin fondo— podría conducirnos al escenario donde asomase, como contragolpe, el comienzo de una nueva aventura filosófica situada más allá de la agonizante tradición metafísica.

Para la concepción natural de las cosas comenzamos —nacemos— y morimos. Nada más natural, en efecto, que lo que ha tenido un comienzo alcance alguna vez su fin; moriremos, pues; seremos sobrevividos por otros de la misma manera que nuestros antecesores lo han sido con nuestra aparición en el mundo. A esta tragedia parecemos habituarnos poco a poco: es la herida fatal propia del haber comenzado —del haber nacido— tomando en vilo el desarrollo de ese comienzo en su totalidad. “Así son las cosas” o “Es ley de vida”, suele declararse. Pero al producirse la muerte del hijo el sentido de esas declaraciones parece dar un vuelco. No es ya la tragedia (desde siempre familiar) de una inevitable finitud que hubiese progresivamente de aligerar su peso mediante cualquier compensadora abstracción, sino el paradójico sobrevivir a la propia muerte sobreviviendo a quien debía haber sobrevivido a la nuestra. Siendo la muerte, en cualquier caso, experimentada como hundimiento definitivo de la existencia, nos preguntamos entonces si el sentido de ésta no podría hallar un camino para recobrase a sí mismo y volver a coger el aliento desde su manifestación más original.

Existe un término (viudo) para designar a quien ha perdido a su cónyuge; lo hay también para el que ha perdido a sus padres (huérfano). Pero el lenguaje calla a la hora de nombrar a quien ha sobrevivido a un hijo. Nuestro esfuerzo consistirá en dar la palabra a la incomparable situación de los padres en duelo por el hijo perdido. Que esa palabra se articule como actualización y re-creación de la esperanza a través de la memoria; que ésta última, mirando de frente la muerte, vuelva alzar consigo el secreto escondido del nacer: es eso lo que intentaremos alcanzar en el presente trabajo.

CONTENIDOS

I

El surgimiento inmediato de una memoria de la esperanza se considerará, desde la base en que se sustenta y que es el nacer, en relación con el propio pasado al que habríamos sobrevivido. Enseguida, con el pasado del Otro más inmediato, el progenitor.

Ello habrá de completarse con el análisis de dos fenómenos que esta memoria implica: la apelación y la piedad.

II

A continuación hemos de detenernos en el camino que ha de recorrer toda memoria de la esperanza, y que atraviesa tres momentos de la existencia sobre la que se ejerce: el momento del rasgo, el de la acción y el de la esperanza misma. La memoria, en fin, se re-definirá de acuerdo con su recorrido a través de los momentos señalados.

III

Comenzaremos a ocuparnos, entonces, de la extrema condición a que se sometería el ejercicio de la memoria al verse forzada a hacerse cargo, ahora, de la muerte del hijo. De esta manera, esta parte del estudio se propone analizar la actualización de la memoria de la esperanza del *padre* en duelo por el hijo.

IV

A continuación, abordamos la singularidad de la memoria *materna* ante la pérdida del hijo.

A su término, mostraremos cómo cada uno de los caminos de la memoria (paterno y materno) ya analizados, poseen su irreductible diferencia a la vez que muestran una profunda relación entre ellos.

Tras ello, y para esclarecer aún la inédita relación de los progenitores con el hijo trágicamente ausente, veremos las características que el ejercicio de la memoria de la esperanza adquiere cuando esa muerte tiene lugar en circunstancias excepcionales: nos referiremos así, sucesivamente, a la muerte del hijo

recién nacido, al hijo que se ha quitado a sí mismo la vida, al hijo desaparecido y al hijo caído bajo el peso de nuestro mundo.

Antes de terminar esta larga sección, nos detendremos también en una consideración de las aproximaciones fenomenológica y hermenéutica que habrían guiado los pasos de nuestro análisis, y veremos la función de los caminos de cada una de ellas en el propio ejercicio de la memoria de la esperanza.

V

Después de haber considerado la siempre posible pérdida del descendiente, el análisis proseguirá no obstante su andadura. Más allá de esa pérdida, la memoria de la esperanza ha de considerarse en su más amplia relación con el Otro —ya sea el sobrevivido lejano en el tiempo, o el que ha sido antes de su ausencia nuestro contemporáneo—. Para ello, nos ocuparemos de la articulación de nuestra propia convivencia, y enseguida de la exigencia de transformación que en la presente situación histórica la propia memoria de la esperanza reivindicaría desde su propio ejercicio.

Finalmente, nos detendremos en la “naturaleza” como originaria fuente de recursos para la afirmación y desarrollo de la existencia nacida de todos; esto nos dará la oportunidad de precisar algunas características ontológicas propias del nacer y alcanzar, a la vez, una mayor comprensión de la fuente de esperanza que lo sostiene y alienta como objetivo primordial de la memoria.

VI

Tras ello —y aquí el análisis dará un giro inesperado— veremos surgir una nueva relación entre memoria y esperanza que se presenta, por una exigida inversión de la mirada al horizonte temporal de nuestra existencia, como esperanza en la memoria de Otro-porvenir.

Ello nos ha de mostrar que, así como sobrevivimos a otros, serán otros los que a su tiempo han de sobrevivirnos; dando de esta manera lugar al despertar de una esperanza en la memoria que ese Otro-a-venir hubiese de ejercer sobre nosotros tras nuestra propia muerte. Pero ese Otro somos también nosotros mismos que, desde nuestro presente, podríamos acoger la esperanza que cualquier sobrevivido hubiese abrigado de nuestra memoria actual.

Consideraremos a continuación la memoria histórica y la memoria común, deteniéndonos en la siempre posible actualización de la esperanza de los más remotos sobrevividos.

Trataremos sobre la memoria oral y la escritura primera a que se debe originalmente la transmisión de que hace objeto toda memoria, para hallarnos, al cabo, ante una escritura que se retrotrae a nuestra propia aparición sobre la tierra.

Esta parte concluirá con un análisis de la obra de arte como singular perduración de la esperanza ante la memoria pasada, presente y porvenir.

VII

La totalidad del trabajo culmina, en fin, con una última parte que tras abordar en sus primeros capítulos la relación entre nacimiento y muerte, y el consentimiento como consagración original de nuestra existencia, se dedicará a relacionar el conjunto de lo ya tratado con la tarea del pensamiento filosófico —pensamiento que se situaría ahora, según veremos, más allá de toda especulación metafísica tradicional—. Es aquí donde tendremos oportunidad de hacer una reflexión sobre la filosofía misma que habría guiado nuestros pasos, dando cuenta de la consumación de la metafísica —cuyo cierre tiene lugar con el advenimiento del nihilismo— y de las posibilidades abiertas más allá de ella; es cuando habremos de cuestionar decisivamente la milenaria noción de Ser y destacar el Nacer como riguroso origen del sentido.